

la ausencia del Campeador, ponía sitio á la capital de Yahya con ayuda de las gentes de Génova y de Pisa, queriendo así privar á su vasallo de aquel recurso y dando por roto el convenio de 1089, no menos que ajenándose á toda protección para con el hijo de Al-Mámun de Toledo. Dolorosamente sorprendido, representaba primero el Cid lleno de respeto al monarca las quejas que tal conducta le producía; mas viéndolas desatendidas y desdeñadas, y deseando vengar al propio tiempo las ofensas recibidas del poderoso conde García Ordóñez, que lo era á la sazón de Nájera, y á quien debía en realidad el encono con que le miraba el rey de Castilla, así como la desgracia en que para con él se hallaba, decidíase á invadir aquel condado, cayendo sobre Nájera y Calahorra antes de que el referido conde tuviese noticia de su presencia, y tomando por asalto á Alberite, Logroño y Alfaro, poblaciones en las cuales hubo de llevarlo todo á sangre y fuego, considerándolas como patrimoniales de aquél y siguiendo la costumbre de los tiempos que había dado origen á las *behetrias*, y que no podía reputarse ni se reputaba atentatoria en modo alguno al soberano (1). García Ordóñez, creyendo amedrentarle, enviaba á desafiar al Cid á plazo fijo en Alfaro; mas lejos de presentarse, huía desde la arruinada Alberite lleno de pavor, mientras Rodrigo le esperaba en el sitio señalado hasta espirar el plazo, regresando luego á Zaragoza sin aguardar á Alfonso, que había levantado el sitio de Valencia.

Víctima de la más cruel incertidumbre, presa de la más horrible anarquía, veía esta ciudad entre tanto no sin tristes zozobras la deposición y la alevosa muerte de Yahya *Al-Cádir-bil-Láh*, á que seguía la exaltación del ambicioso cadhí Ebn-Chahhaf y con ella el protectorado más nominal que efectivo

(1) Véanse los artículos que acerca del *Estado de las personas* durante los primeros tiempos de la Reconquista, dejó escritos el docto D. Tomás Muñoz y Romero, insertos en la *Revista española de ambos mundos*, ya citada.

de los almoravides, situación angustiosa en la cual hallaba con efecto el Campeador á Valencia y que venía á colocarle en la de la más completa libertad é independencia que hubiera apetecido, una vez muerto Yahya, la única persona á quien debía protección y amparo. La toma de Cebolla ó *Jubala*; la conquista de los pueblos que se agrupaban inmediatos á la ciudad; las reiteradas é incesantes correrías por la tierra; la sumisión de los principales señores; el apretado cerco que puso á Valencia, y durante el cual ejecutó al decir de los escritores musulmanes terribles crueldades, no dignas en verdad de crédito (1); la nobleza con que al capitular la ciudad procedía, no tomando posesión de ella mientras no hubiesen agotado los valencianos todos los recursos de defensa, invocando el auxilio de los almoravides, del rey de Zaragoza y aun del mismo don Alfonso de Castilla; la agonía en fin, acompañada de la miseria, del hambre y aun de la peste, que como natural consecuencia experimentó la hermosa población del Turia, con otros accidentes de menor importancia, daban al postre á Rodrigo el triunfo codiciado; penetrando por último en Valencia al frente de su poderosa mesnada y tomando posesión de aquella ciudad poco antes rica y gozosa, y ahora resumen y compendio de todos los horrores y todas las desdichas, el 15 de Junio de 1094.

Lograda estaba pues aquella aspiración del héroe de Vivar, perseguida con tanta habilidad como tesón por espacio de cerca de cinco años: desterrado de la patria, privado de recursos, contando sólo con el concurso primero de sus deudos y servidores, Rodrigo había conseguido no sólo formar un ejército numeroso

(1) Asegúrase con efecto que el Cid, deseando que la ciudad se entregase y de que la miseria y el hambre le facilitaran prontamente el triunfo, llevó su crueldad hasta el punto de hacer quemar muchos fugitivos, muerte que también se afirma hizo dar al cadhí Ebn-Chahhaf, una vez posesionado de Valencia; cierto que la *Estoria de Espanna* ó *Crónica General*, de acuerdo con los escritores musulmanes, así lo declara; pero Dozy ha demostrado que toda esta parte de la citada *Crónica* es traducción de un texto arábigo, no grandemente escrupuloso.

y aguerrido con el cual supo imponerse al Conde de Barcelona, al rey de Aragón y al de Tortosa, sino que dominando de hecho en aquellas regiones de la Península donde no había régulo ni señor que no fuese tributario suyo, venciendo á los almoravides, triunfadores en Zallaca (*Azagala*) de Alfonso VI, tocaba la suspirada meta al tomar posesión de la capital de Yahya, sin que aquella serie de laureles, conquistados en incesante lucha, desvanecieran un punto al egregio caudillo, ni le hicieran pensar para sí en sombra de soberanía, aunque le halagase la idea de que «si un Rodrigo perdió España otro había de rescatarla,» frase que según hacen constar cristianos y musulimes, solía algunas veces salir de sus labios, expresando lo generoso de sus intentos. Dueño de Valencia, poco tardaron en caer bajo su dominio las fortalezas de la comarca, haciendo experimentar primero al general almoravide Mohámmad-ben-Aixa que cercó la ciudad, y después á Abu-Beker, el yerno de Yusuf-ben-Texufin en Peñacatel ó Pina Catel, unido á Pedro I de Aragón el año 1097 nuevos descalabros, que le aseguraron el señorío absoluto de aquel reino, reservado por él para el monarca de Castilla, con la toma de Murviedro, que había resistido sus esfuerzos hasta entonces (1098). Enfermo se encontraba el héroe, cuyas proezas han suscitado tantas dudas, cuando soñando aún con nuevos triunfos, enviaba su ejército á Játiva deseoso de arrebatarla al poder de los almoravides; pero allí la fortuna le volvía la espalda, obteniendo Mohámmad-ben-Aixa triunfo tan señalado sobre la hueste de Rodrigo, que fueron muy contados los guerreros que llegaron á Valencia, para comunicar al Cid tan desconsoladora noticia: «de tal modo había sido desbaratado aquel ejército que pasaba por invencible!» Mortal era el golpe que con aquel desastre recibía el de Vivar, acostumbrado siempre á la victoria: eclipsada estaba su estrella, y con efecto, en el mes de Julio de 1099 sucumbía de dolor y de cólera en medio del quebranto indecible de los suyos y del regocijo de los musulimes, que le consideraban como tirano.

Así terminaba su gloriosa carrera el Campeador, á quien la vergüenza de una derrota abría las puertas del sepulcro, y cuyo nombre había hecho temblar en tantas ocasiones á los enemigos de la patria, extendiendo la fama y el poderío de Castilla, aun obrando sin el concurso del emperador, á regiones donde nunca antes se ostentaron los rojos pendones del antiguo Condado; así, aquel héroe, que había encadenado como tributaria suya á la fortuna, que tantas y tan expresivas muestras de la lealtad, de la nobleza, de la altivez y del valor de su ánimo generoso dejaba vinculadas en todos sus actos, vasallo sumiso siempre, adalid esforzado, paladín venturoso de la Reconquista, en quien, al cambiar la situación de musulimes y de cristianos con la muerte de Al-Manzor, la Providencia compendiaaba las virtudes bélicas del asolador de León y de Santiago,—caía herido al primer desaire de la suerte veleidosa, y con él se desvanecía la esperanza de rescatar para Castilla todas aquellas feraces comarcas del Oriente, donde, á despecho de los almoravides que las señoreaban, ardía mal encubierto el fuego de la discordia.

Séanos lícito, para concluir, trasladar á este sitio las palabras del historiador á quien hemos hasta aquí seguido por lo común en la exposición de los hechos, con las cuales se cierra el cuadro histórico de la conquista de Valencia: como si á cuantos á su alrededor estaban, se hubieran comunicado las altas prendas del héroe, «su viuda Ximena trató aún de defender Valencia contra los reiterados ataques de los almoravides, consiguiéndolo con efecto por espacio de dos años; pero hacia el mes de Octubre de 1101, el general Mazdalí puso sitio tan apretado á la ciudad con muy formidable ejército, que si bien la ilustre dama lograba sostenerse durante siete meses en Valencia, comprendiendo que al postre se vería obligada á entregarse, enviaba á la corte de Alfonso al obispo Jerónimo, natural de Francia, para invocar el auxilio de su primo el monarca de Castilla. Compadecido de su suerte, apresurábase éste á complacerla; y cuando los sitiadores tuvieron conocimiento de la aproximación de don

Alfonso, retirábanse de la ciudad, dejándola libre. Juzgándola demasiado alejada de sus estados para que le fuera dable disputar su posesión largo tiempo á los mahometanos, decidía Alfonso á doña Ximena y á los compañeros del Cid á abandonar Valencia; seguían todos su consejo, mas no queriendo dejar á los musulimes sino los escombros de la hermosa ciudad que había Rodrigo Díaz conquistado, poníanla fuego en el momento de partir, tomando Mazdalí y sus almoravides posesión de aquellas ruinas humeantes, el 5 de Mayo de 1102.

»Daba Ximena sepultura al cuerpo de su esposo, que había llevado consigo, en el Monasterio de San Pedro de Cardeña, cerca de Burgos, donde hacía decir gran número de misas por el descanso de su alma, sobreviviéndole sólo cinco años, pues que en 1104 le seguía también al sepulcro (1).»

(1) Dozy, *Recherches*, t. II, pág. 212.



CAPÍTULO VIII

El Cid de la tradición y de la poesía

No de otra forma, con vida y energía propias, con fulgor inmarcesible y perenne, interesante y noble, grandiosa y levantada, viril y altiva, resplandece brillante á los ojos de la historia la figura del héroe castellano. Sublimándolas y encareciéndolas con creciente fervor y legítimo entusiasmo, la musa de Castilla en todas las edades ha hallado en sus hazañas manantial inagotable de inspiración y de poesía; y en to-